

Entre la mujer y la histeria: el deseo femenino. Análisis de un caso clínico.

Margarita es una adolescente de 17 años, originaria de una comunidad cercana al municipio de Pénjamo, Guanajuato; la tarde que la conocí recibí dos llamadas previas, la primera fue de una colega de San Luis Potosí, quien eventualmente acude a Irapuato a atender pacientes como psicoanalista cada 15 días en fin de semana, y quien me buscaba para ver mi disponibilidad para atender un caso de urgencia, al parecer una adolescente que había tenido un aborto y hasta ese momento no se sabía si espontáneo o provocado, evento que le había ocasionado una crisis psicológica, y según palabras de mi colega, se sospechaba de un episodio psicótico.

Minutos antes de recibir la llamada de mi colega, me encontraba disponiendo mis cosas personales para salir del consultorio e irme a descansar el resto de la tarde a casa, pero el acento en la urgencia de la atención me detiene y accedo a ver a la adolescente. Mi colega dio mi número de contacto a la familia de la chica y minutos más tarde recibo su llamada; hasta ese segundo momento supe que se llamaba Margarita y según palabras de la madre, se encontraba fuera de sí. Una hora más tarde les abría las puertas de mi

AUTORA

Alma Edith Sánchez Márquez
Psicoanalista. Formada en CPM-León
Contacto: samaed.sm@gmail.com
Fecha de recepción: 24/04/20



consultorio, recibiendo a toda una familia: el padre, un hombre de apariencia ruda, la piel morena quemada como quien trabaja en el campo o bajo el sol todo el día y de estatura baja; a su lado la madre, morena, de estatura más baja que él, con una mirada angustiada, todo su cuerpo expresaba ansiedad. Detrás de ellos se encontraba una chica, misma

estatura que la madre, muy delgada, sin apariencia de haber tenido algún embarazo, con el cabello despeinado, la mirada hacia el piso y con la expresión de cansancio y dolor, como quien ha velado a un muerto por varias noches seguidas. En esta escena contrastaba notablemente un joven alto, de tez morena clara, delgado, bien aseado; sus vestimentas típicas de un estudiante, playera con jeans, zapato tenis, y una mochila colgando al hombro. Este joven resultó ser Javier, la pareja de Margarita.

Ya en la sala de espera, la madre de Margarita, a quien llamaré Isabel, solicita pasar de acompañante a la entrevista; accedo, particularmente al observar que Margarita parece estar presente pero sin moverse o prestar atención. Es así como se lleva a cabo el primer encuentro.

Isabel, sumamente preocupada por el estado de su hija, trató de contextualizar de inmediato: Margarita había tenido un aborto hace aproximadamente un mes, luego de haber tenido diversos malestares propios del embarazo pero que al no quedar corroborado en un examen de laboratorio, ni en un ultrasonido hecho por un ginecólogo, el médico supuso un trastorno del ciclo menstrual o bien endometriosis, e inicia un tratamiento para provocar la menstruación. A los pocos días, Margarita presenta dolor intenso y sangrado abundante completamente fuera de lo normal. Después de medio día sufriendo de terribles cólicos, Isabel la lleva al Hospital Materno Infantil. Es allí, en el momento en que se está desvistiendo para que la revise el ginecólogo, cuando al orinar se percata que expulsó una especie de bolsa o coágulo muy grande; le avisa a su madre y al médico, quien confirma que acaba de tener un aborto,

la revisa y considera que debe ser ingresada para un legrado en ese mismo instante.

A partir de ese día Margarita no es la misma, todo el tiempo está triste, a veces parece fuera de sí con arranques de furia en los que atenta contra sí o no para de gritar, arañarse, jalarse el cabello y llorar para luego terminar en un profundo sueño que puede durar hasta 18 horas seguidas.

Isabel, ama de casa como función principal, y ayudante de su esposo en la venta de plantas como actividad secundaria, se encuentra realmente desesperada. Durante la entrevista voltea una y otra vez a ver a Margarita con una expresión suplicante mientras me repite: “yo no sé qué tenga doctora, ella no me dice nada, yo le pregunto y le pregunto y nomás me dice que está triste o no me dice nada, yo quisiera que me dijera qué necesita, cómo la ayudamos, pero dice que no sabe”. Mientras tanto, Margarita ni siquiera voltea a verla, ha estado atenta a la entrevista, pues aunque se ha mantenido en silencio absoluto, sentada en el sillón, con los brazos cruzados sobre su vientre y fingiendo dormir, me he percatado de su mirada fija en mí, como analizando mis expresiones, como intentando atravesarme con sus ojos entrecerrados y ver, no sé aún, si más allá de mí, o dentro de mí.

La familia de Margarita vive en una comunidad, es de clase social media-baja, sus padres son comerciantes ambulantes y toda su familia participa de esta actividad ayudándole al padre en la venta de flores y plantas; los padres no tienen estudios, aunque los hijos concluyeron la secundaria y Margarita únicamente la primaria. La tendencia es casarse siendo aún adolescentes, pero en



el caso de Margarita esta costumbre quedó incompleta al escaparse de casa y fugarse con Javier, quien la llevó a vivir a casa de sus padres. Hay una culpa y cierta vergüenza que pesa sobre los hombros de Margarita, y un cierto reproche de Isabel, al decir que antes ella sabía todo de su hija pero que ahora, aunque sigue sabiéndolo casi todo porque Margarita le cuenta, ya no puede estar allí para ayudarla, por eso, ante la crisis emocional que siguió al aborto, se la ha llevado de vuelta a su casa y a Javier con ella, pero nadie está a gusto.

Javier, único varón en su familia nuclear, extraña las atenciones de su madre. Es además estudiante de universidad, y con 20 años de edad, se va separando emocional e intelectualmente cada vez más de Margarita. Refiere ya no saber por qué se la llevó, querer darse un tiempo: “quizá sea mejor terminar la relación, pero luego se pone mal, se altera y me preocupo, le digo que mejor nos demos un tiempo, en lo que ella se recupera, pero no quiere. Yo ya no sé qué quiero, ni si la quiero, estoy muy confundido”.

Para Javier, Margarita siempre fue algo extraña, su conducta no era del todo normal, y no se refiere a los arranques de celos durante su corto noviazgo, si no a que daba respuestas extrañas y su comportamiento a veces era raro, pero empeoró ya cuando vivieron juntos: “ella dice que la poseía algo, yo no sé, pero sí le pasaba algo extraño, se quedaba como ausente, con la mirada perdida, no respondía a nadie, no se movía, no emitía palabra, y si lo hacía no se le entendía nada, y parecía que hablaba sola, luego se desmayaba y cuando despertaba no recordaba nada; eso fue antes del aborto, cuando creíamos que estaba embarazada”.

Isabel no refiere antecedentes familiares de trastornos mentales, ni hace referencia a ello como explicación de lo que ocurre, ni de la conducta que manifestó Margarita antes del aborto. Para Isabel, todo se debe a una posesión demoniaca: “algo se le metía, algo demoniaco o maligno, se quedaba como ausente, con la mirada perdida, toda tiesa del cuerpo, a veces hablando sola pero no respondía a nadie, ni nos miraba, era como si mirara algún punto lejano, y luego se caía al piso y temblaba toda, como si le dieran convulsiones, allí se desmayaba y ya después volvía en sí, pero no recordaba nada; la llevamos a que le rezaran y al parecer si funcionó porque luego ya no le pasó, pero después ocurrió esto y ahora ella sólo está triste”. Algo insinúa, me hace sospechar en torno a Javier como pareja de su hija, como si algo fallara en él, muy a medias menciona que: “es que es el único hijo hombre, y está muy pegado de su mamá”.



El drama familiar muestra a una familia apegada a su religión, celosa de sus costumbres y cuidadosa del pecado y la moral. Y a una hija que escapa con el novio sin la previa bendición de los padres, el cura y Dios, la favorita del padre, íntima de la madre; la familia lo vive como una traición a sus costumbres, pero en su infinito amor hacia Margarita, la perdonan, la siguen procurando y le dejan las puertas abiertas para cuando desee regresar a su hogar. Pero ¿Qué pasa en el inconsciente de Margarita que a no más de una semana de vivir con su pareja, aparece este “ente” que la posee y tortura?

Al respecto de la posesión, Margarita narra lo siguiente:

Yo lo veía así frente a mí, como está usted ahorita, y nada más veía como se me iba acercando, y yo quería gritar pero me tapaba la garganta y ya no podía gritar y entonces se metía en mí, yo sentía un dolor muy fuerte en la panza cuando eso pasaba, entonces me decía que no me iba a dejar porque yo le pertenecía y que lo habían mandado porque no querían que yo estuviera con él (Javier), pero él (ente) le tenía mucho miedo a él (Javier), porque ya luego yo escuchaba la voz de él hablándome, pero muy lejana, hasta que ya la iba oyendo más cerquita y me decía ‘Margarita, vuelve’ y cuando ya regresaba era porque ya se me había salido porque le tenía miedo, cuando se me salía de nuevo me dolía la panza y se me soltaba todo el cuerpo.

Estábamos parados pero de espaldas y él me agarraba de la mano, y siempre me decía que yo le pertenecía y no me iba a dejar, pero ya la última vez me dijo que me había robado lo que yo más quería porque se había cansado de que no me quedara con él, y que la que lo mandó no quería que estuviéramos juntos (con Javier) pero que ya él me había robado lo que yo más quería y ya no lo vería, pero que si estaba triste o enojada él estaría conmigo porque él me quería.

Quince días después de su última posesión, Margarita tuvo el aborto y concluyó que lo que le había robado era a su bebé.

La primer noche que Margarita pasó en casa de sus suegros no durmió con Javier, y comenta que cuando se iban a acostar, él fue a darle las buenas noches a su mamá, y luego: “me mandó un mensaje diciéndome que su mamá estaba muy triste, que mejor se quedaría con ella y ya mañana conmigo, yo me sentí muy mal, pensé: entonces la prefiere a ella que a mí”.

La presencia de la suegra pesa desde el inicio, la sombra de una madre que no está dispuesta a cederle a su hijo a ninguna mujer irrumpe directamente en el apogeo de la noche que debió sellar la unión de la pareja en un encuentro sexual, impidiéndolo. Margarita aún virgen, se siente celosa de la madre de Javier, la ve como rival. ¿Es a esta madre simbiotizante, a quien Margarita introduce en su alucinación, quien envía ese “ente demoniaco” para separarla de su amado? ¿O es el amado, quien despertando el deseo sexual de Margarita engendra en ella el fantasma de la culpa moralizante



de haber abandonado a su propia madre, convirtiéndola en merecedora de castigo?

La posesión tal cual es narrada por Margarita, semeja en sí misma el acto sexual, quizá desde una fantasía de coito y engendramiento sádico, como si el síntoma de las posesiones hubiera emergido a raíz del inicio de su actividad sexual; los arranques de ira también brindan cierta luz de la dinámica de su conflicto: ante cada arranque de ira, la madre vuelve, independientemente de que sus actos agresivos sean dirigidos hacia Javier, Margarita logra en cada ocasión que quien vuelva sea su propia madre.

Sin embargo, la tristeza no parece tener una articulación clara, aparece de repente, sin contexto claro, no es acompañada de pensamientos ni sensaciones físicas, lo único que Margarita puede decir al respecto es: “me abandono”, “tengo unas ganas de perderme, de no saber de mí” o “quisiera simplemente desaparecer”, ni siquiera hace referencia a su reciente pérdida, parece un síntoma atemporal que se instaló en algún momento y ahora permanece inamovible. Curiosamente, la angustia en el padre se manifestaba en la exigencia de medicar a Margarita, ya que cada sesión pedía una pastilla para sedarla: “algo que la duerma, doctora, ¿No se puede?”.

La sexualidad en apogeo de Margarita la enfrentan a su ser mujer, debatiéndose entre su deseo sexual y el deseo de hijo, entre separarse de la madre o seguir unida a ella, ahora con un hijo propio. En su contexto socio familiar, ser mujer sigue siendo equivalente a ser madre, posiblemente de allí su fantasía sádica en torno al intercambio sexual y amoroso con Javier, como una defensa hacia su deseo de gozar su sexo; más no se puede ser madre sin la bendición de la propia madre,

sin el permiso, que le otorgaría a Margarita el no haberse fugado de casa.

Julia Kristeva menciona: “la representación consagrada (religiosa o laica) de la femineidad es absorbida por la maternidad...es la fantasía que alimenta el adulto, de un continente perdido: se trata de una idealización de la relación que nos une a la madre arcaica, ilocalizable, de una idealización del narcisismo primario” (1987, p. 209). En este contexto, la maternidad no es sin sacrificios, y sin apuntar siempre a esa madre perdida, o real -en el sentido de existencia- si aún no se ha logrado separarse de ella. Margarita apunta, con su maternidad malograda, a dos aspectos: por un lado el sacrificio y el dolor, la madre doliente que entrega a su hijo en sacrificio, la María Madre, que en la religión católica sigue siendo el ideal; por otro lado, el reencuentro, refugio e identificación con la propia madre, mediante la única manera posible: la maternidad, puesto que la posibilidad de responder sobre el deseo sexual le es negada.

Freud hace de la mujer una madre, Lacan la vuelve un síntoma, y ambos convergen en que una mujer es siempre en relación al otro (en minúsculas) pues todos somos sujetos en relación al Otro, no obstante, ambas concepciones hacen de la mujer: “el partenaire del sujeto masculino: ser el falo, o sea el representante de lo que le falta al hombre, luego ser el objeto causa de su deseo, y, finalmente, ser el síntoma en que se fija su goce” (Soler, 2008, p. 43). Freud es más simple en ese sentido, es mujer aquella que puede ser una madre, no solo de un hijo, quien viene a sustituir su envidia por el pene y completarla: “la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se



sustituye por el deseo del hijo” (Freud, 1933, p. 119).

Kristeva se pregunta acerca de lo que en la maternidad sacia tanto a hombre como a mujer, en esa concepción cristiana, que hace de una madre virgen en el ideal, y por el contrario, la misma autora cuestiona: “¿Qué es aquello que en lo Maternal no tiene en cuenta lo que diría o querría una mujer?” (1987, p. 211). ¿Cómo es que hoy la queja feminista va principalmente, en torno de la concepción, la maternidad, y muy particularmente, la posición que ocupa en relación al hombre?

Las feministas sostienen el absurdo que atacan, proclamando la igualdad de los sexos, más allá de su participación política social, y más allá del rechazo a la maternidad

y a las llamadas funciones femeninas, cuestionan el lugar que ocupan en relación al otro, ese otro masculino, y al hacerlo rompen con los ideales sociales, exhibiendo el vacío que realmente sostiene el ser mujer; parecen proclamar su negación a la asunción de la castración, concebida según Freud: ser para un hombre.

Queda entonces el vacío fálico que apunta al tener, tener para ser, tener que no puede venir del padre-Estado, sino únicamente de la madre, ¿Cuál madre? La madre arcaica, aquella de la que queda la voz sin que por ello otorgue una respuesta: “La división del sujeto se redobla en las mujeres en una división acentuada de sus goces” (Soler, 2008, p. 54). Las feministas andan en búsqueda perpetua del saber cómo se goza, una histeria colectiva que como toda histeria se ofrece fálica para luego negarse y escabullirse en la consigna de no ser un objeto sexual para nadie.

Margarita no es feminista, encontró su propia salida en la paranoia. El aborto al cual atañe su tristeza ocurrió luego de haber tenido diversos malestares propios del embarazo pero que fueron negados; negación constatada luego por la evidencia médica al no quedar corroborado en un examen de laboratorio, ni en un ultrasonido hecho por el ginecólogo que confirmaran dicho embarazo. No obstante el aborto sí fue confirmado en la realidad concreta, como en la realidad psíquica de Margarita y su familia.

Margarita se fue con la fantasía de estar nuevamente embarazada, esta vez, de su pareja y no del ente maligno; con siete días de retraso de su periodo menstrual, y ante una crisis de ira durante la mañana previa a la última entrevista realizada en

el consultorio, llegó con la novedad de que durante toda la mañana y hasta media tarde había estado internada porque “se puso mala”. Su día había comenzado haciendo el aseo de la casa, más tarde se sintió triste y se fue a llorar a la cama; Javier lo tomó a mal y le dijo que se separaran, allí comenzó el dolor de estómago, le dio una patada a la pared y se tiró contra el suelo para golpearse, Javier la sostuvo y la llevó al médico, quien le dio un calmante vía intravenosa, además de realizarle un ultrasonido manifestándole que se encontraba muy gruesa la capa del útero y era imposible descartar si era porque ya tendría su periodo o porque estuviera embarazada. Margarita decidió que era la segunda opción.

El acto de abandono al tratamiento restauraba los lazos fracturados con su familia, y aceptaba el lugar de loca y poseída, en el que la colocaba la culpa por haber escapado de casa, un lugar en el que abandonada de sí misma, podía ser cuidada nuevamente por la madre, quien tan celosamente la reclamaba de vuelta. Con el plus del embarazo, madre e hija, una misma imagen, fantasía de completud absoluta, ¿De Isabel o de Margarita?

El goce histérico, el goce feminista, el goce de Isabel al cual se ofrece Margarita como objeto, no es el goce otro: “un goce que no cae bajo la barra del significante, que no sabe nada del falo, que por ese hecho no está causado por un objeto a, es un goce forcluido de lo simbólico, fuera del inconsciente” (Soler, 2008, p. 55). El deseo femenino apuntaría a ese goce otro, el goce otro hace de la mujer Otro absoluto: “es decir que no será nada de lo que podrá decirse de ella; que permanece fuera de lo simbólico, que es real en un doble

sentido, por lo que no se puede decir y por lo que se goza de lo no fálico” (Soler, 2008, p. 59).

No es intención de este texto hacer una crítica al feminismo, lo uso sólo en cuanto me da el punto de comparación con lo que considero una de las manifestaciones actuales de la histeria y la sexualidad femenina, así como uno de los ejes que se presentan en la clínica con las mujeres, la queja femenina está, ahora con mayor frecuencia, mucho más presente en la clínica a través de la voz del feminismo. El feminismo se ha vuelto, a través del Estado, un medio más de la normalización, el eje social actual de lo que se espera sea una mujer, desde la



óptica de un movimiento que ostenta provenir de la mujer misma.

Desde la clínica psicoanalítica se gesta el lugar para desmenuzar las subjetividades y sexualidades que taponea la queja femenina en el feminismo; y encontrar, a través de lo que escapa y de las rupturas, ese no-toda fálica que usa Lacan para describir a la mujer, e intentar responder a la pregunta: ¿Qué quiere una mujer? En este caso, ¿Cuál es el plus de goce, si es que lo hay, que obtiene Margarita al ofrecer su cuerpo engendrado (real o fantaseado) a la madre? ¿Será más bien que se ofrece como objeto completo, a través del falo-hijo, para sustentar el amor de la madre?

Hace falta un historial clínico completo para dar respuesta a dichas preguntas, y aun este, quizá hará falta pensar desde donde se observa en la clínica, si las preguntas acerca de la dinámica del deseo en Margarita apuntan a descubrir una estructura psíquica o a analizar la dinámica misma para movilizarla. ¿Determinar una estructura en la clínica, funciona de guía para la cura o la obstaculiza? Responder esta pregunta apunta a pensar un tema completo fuera de este texto, pero concierne no obstante al tema de lo femenino en la clínica, de la mujer y su deseo, sus sexualidades y subjetividades, y a donde apunta su deseo de ser o de gozar, que atañe tanto a hombres como a mujeres; lo que será importante de pensar y continuar desarrollando. 🌐

Referencias

Freud, S. (1933). 33ª conferencia. La feminidad. *Obras completas* (Vol. VI, pp. 104-125). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu

Kristeva, J. (1987). *Historias de amor*. México: Siglo XXI.

Soler, C. (2008). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.

